

Por la Academia de Música, al interno D. Angel Mifelles, y lo recibe en la obrita de *Los dos Campos y el Catecismo de Controversia*.

Por la Academia de Pintura y Dibujo, al externo D. José Aranda, que consiste en la obrita *Los dos Campos, y Catecismo de Controversia*.

Por el Arte de Sastrería, al externo D. Jesus Fernandez, y lo recibe en un *Syllabus y el Catecismo de Controversia*.

Por el de Carpintería, el externo D. Romualdo Donato, y lo recibe en el *Catecismo de Controversia y Los dos Campos*.

Por el de Talabartería, al alumno D. Gregorio Mesa, y lo recibe en el precioso *Opúsculo del ILMO. SEÑOR SOLLANO y el Himno Angélico*.

Por el de Encuadernación, al interno D. Juen Perez, quien lo recibe en las mismas obras que el anterior.

Por el de Zapatería, á D. Manuel Rodriguez, quien lo recibe en las *Selectas de los Santos Padres* en tres tomos.

El Ilmo. Señor Obispo, satisfactoriamente seguro del aprovechamiento y conocimientos de los alumnos Teólogos, D. Pablo López, D. Ramon Moncayo y D. Jesus García Buitanda, se ha dignado premiarlos en sus actos, con la dispensa del Sínodo para recibir sus órdenes.

Seminario Conciliar de Leon, Agosto 25 de 1880.

DR. PABLO TORRES VIDAL.

LEONARDO CORONADO,
Srio.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

Sr. Presbitero D. Ponciano Perez,

SEÑORES:

“LA Religion no pide gracia, porque la persecucion no la espanta. Extrangera en la tierra, sabe que ha de hallar enemigos donde quiera; é hija del cielo, tiene allí su trono, sus esperanzas, su crédito y su gloria. Solo una cosa desea, y es, que no se la condene sin oirla. ¿Temeis el menoscabo en vuestras leyes dejando á la verdad defenderse donde ellas imperan? ¿Pensais que su poder sea mas robusto condenándola sin oirla? A mas de la aversion que os hace obrar con tanta injusticia, dais á sospechar que no quereis oirla porque despues no podríais condenarla.”

Acaban de resonar las valientes palabras, que proferidas diez y siete siglos há por el apologista mas grande del cristianismo, han cruzado por todas las edades de generacion en generacion como un rayo de luz que se abre un camino luminoso por entre los abismos que se suceden; como un anatema tremendo, que desplomándose desde la cúspide de los siglos en que comenzó á perseguirse la Religion, ha venido estallando sobre las cabezas de cuantos han tenido la osadía de querer parar en su carrera á ese gigante divino, que emprendiendo su marcha desde lo mas alto de los cielos, no se deja ver en

la tierra sino para señalar y asegurar al hombre la eternidad. Profundas palabras: que reasumen del modo mas conciso y enérgico todo el espíritu y carácter del Catolicismo por la alta confesion de su origen, destinos, tendencias y medios de constituirse.

La Religion, hija del cielo ¿qué tiene qué temer en la tierra? Extrangera en el mundo, no aspira á que sus conquistas y triunfos sean aquí victoreados: su corona de espinas florecerá allá donde tiene su trono, sus esperanzas, su crédito y su gloria. La Religion no pide gracia, la concede. En fuerza de su mision totalmente divina, salvadora de la humanidad, solo una cosa desea, y es, que no se la condene sin oírla. Profundas palabras: que revelan al gran génio de Tertuliano abarcando de una sola mirada el carácter tambien de los perseguidores de la Iglesia en todos los siglos, y ese modo ilegal, tiránico, de condenar sin exámen y por una especie de fanatismo hereditario cuanto tiene algun roce con el espíritu católico; esa conducta altamente irracional, creada, robustecida y vanamente conservada por un temor injusto á toda prueba.

Caracterizada así la Religion, no hay que extrañar en ningun tiempo que los que por un favor grande del cielo heredamos su espíritu, á nuestra vez, llevando sobre nuestro pecho por único escudo la verdad, salgamos frente á frente del error sin palidecer ni un instante á vista de los mil adversarios que avanzan sobre nosotros para combatirnos con armas de un temple tal, que basten á dividir de un solo golpe el cuerpo y el alma.

Y no hay que preguntar: porqué la Religion nos haga sostener esta lucha en dias como estos en que parece que no se la combate, y en que la indiferencia es la gracia que el mundo le concede como el mejor presente con que puede brindar-

la. Porque sin ser cierto que la Religion sea indiferente á la sociedad, la indiferencia es el peor adversario, y, en el language del cielo, no ser amigo de la Religion es ser su enemigo.

Inútil podrá parecer á espíritus poco reflexivos el que me encuentre en la palestra para defender una causa por la que parece nadie toma ya el menor interés, y casi con la seguridad de no ser escuchado por aquellos que principalmente debiera serlo. Pero sobre la firme creencia de que cumpla la noble tarea que la verdad me impone, por conviccion íntima os aseguro, que no será superfluo aun cuando las verdades que anuncie no tengan mas efecto que ser despreciadas como las insustanciales teorías de una escuela caduca, cuyo nombre está muy léjos de figurar entre las frases pomposas y altisonantes que van escritas en el carro triunfal de lo que se llama moderna civilizacion.

En verdad, por mas que se encuentren individuos que trabajan por sufocar los mas vivos sentimientos de su corazon, por acallar los gritos de la conciencia y por desentenderse de las sábias lecciones que á cada paso el buen sentido y la razon no cesan de inculcarles; pocos son, sin embargo, aquellos que con una tenacidad verdaderamente criminal llegan á conseguirlo. Afortunadamente el hombre muchas veces se vé obligado á ser menos malo de lo que quisiera. Tremendas como son las pasiones, pueden de improviso levantar una tempestad y lanzarlo á un abismo de suerte que allí no acierte á distinguir lo real de lo vano, el bien del mal; pero ese no es su estado permanente porque no es su estado natural. La tempestad cesa, al aturdimiento sucede la reflexion, vuelve á brillar de nuevo la verdad; las falsas ideas son reemplazadas por las verdaderas, los malos sentimientos por los buenos; y entónces comprende la utilidad del servicio prestado por

aquel, que acercándose á la vorágine hizo resonar su voz hasta el fondo mismo del caos para indicarle el rumbo por donde pudiera salir de ese abismo. La religion, profunda conocedora del hombre, sabe muy bien que hay pocos que esten como pertrechados en todo tiempo contra los asaltos de la verdad y del bien; por eso es que en todas ocasiones oportuna é importunamente no cesa de clamar contra el error y de predicar la santidad evangélica, aun cuando parezca que el mundo todo es ya escéptico, y aun cuando mire á los vicios ocupar de nuevo los altares.

Pero me olvidaba, Señores, de deciros cual es esa cuestion religiosa á que aludo. Es la mas nueva si se quiere, pues es la que provoca el mismo espíritu del siglo que eliminá á la Iglesia católica como un elemento corrosivo de la sociedad. Paradójico os parecerá si os digo tambien que es la mas antigua, mejor diré, la de todos los tiempos. ¿No se acusaba ya antiguamente al cristianismo como al enemigo mas formidable del imperio y de César?

Desvanecer, pues, el odio injusto contra la Iglesia, nacido del vano temor de que su influencia sea perjudicial á la sociedad, asegurando: que el catolicismo es el elemento mas vital para ella, he aquí el asunto que ocupará los momentos que vuestra benévola atencion me conceda. El no se presentará á vosotros con el interés y habilidad que reclama vuestra ilustracion; pues lo mismo trascendental y grave de la materia por una parte, que no deja encerrarse en un corto espacio, y por otra, mi escasa luz para ver objeto de tamañas dimensiones, no me permiten exponerlo con la claridad y firmeza que deseara. Ojalá que los entendimientos acostumbrados á sujetar los racionios y á concretarlos y trabarlos á una sola idea, enlacen las pocas y sencillas reflexiones cuya coordinacion se escape á mi impotencia.

A pesar de ese espíritu tan decantado de libre exámen, que segun se dice, es el triunfo mayor que ha obtenido la inteligencia humana gracias á Lutero, se presenta el asombroso fenómeno de que léjos de examinarse las cuestiones con esa perspicacia y madurez que debia observarse en los espíritus libres, se deciden con la mas extraña superficialidad de tal manera, que vagando las ideas, libres á su modo, difícil se hace ya fijarlas para darles un punto de apoyo inamovible. ¡Ojalá que ese espíritu de examinarlo todo, y de no dar paso á ninguna doctrina antes de pagar el justo tributo á la razon, fuera cierto! ¡Ojalá todos fueran jueces competentes y profundos observadores, mucho trabajo se ahorraría á los defensores de la verdad! ¡qué precaria sería la existencia del error! Nuestros desvíos son precisamente debidos á nuestra ignorancia, ligereza, ó falta de perspicacia para ver los asuntos que mas nos interesan, y cuya solucion confiamos á los que creemos superiores á nosotros sin reparar en que maliciosamente pueden traicionarnos. Hechemos una ojeada al fondo de nosotros mismos, y veamos y digamos con franqueza cuantas son las ideas de cuya verdad estamos intimamente convencidos á fuerza de examinarlas y profundizarlas en toda su natural trascendencia. Si somos sinceros debemos confesar que tenemos mas creencias que convicciones. Preciso es decirlo, no se gana mucho con tener libertad de examinarlo todo si esa libertad no añade á la estatura de nuestra inteligencia un solo palmo. Desatinar sobre cualquiera materia que se presente, no es ni opinar: decir libremente lo que uno quiera sobre alguna cosa, no es decir la verdad.

Para abordar, pues, la cuestion al verdadero terreno en que debe examinarse, se hace preciso detenernos un poco para asir bien ciertas verdades, fijando el verdadero sentido de algunas cuestiones que enlazadas intimamente con esta, andan fluctuando en el mar inmenso de la revolucion de las ideas y sin cuya explicacion clara y segura, inútil sería analizar de lleno la que al presente nos ocupa. ¿Qué es la sociedad, y el verdadero sentido de esta palabra? ¿cuál es su verdadero fin? ¿es distinto del fin particular de cada individuo? La sociedad es esencialmente religiosa ó no? Tales son las cuestiones cuya solucion os conducirá de la mano al punto de vista en que pretendo colocaros. Nada nuevo hallareis sin duda en las cuestiones enunciadas, y mas de alguno las resolvería al mismo tiempo que las iba enunciando ¡tan hábil se muestra á veces el espíritu humano! Cuestiones tan trilladas como estas tienen la desgracia de que su misma trivialidad las perjudica. Esa misma facilidad de tratarlas, esa frecuencia y familiaridad que se tiene con ellas, han llegado á desvirtuarlas de tal manera, que ya no impresionan lo suficiente para verlas en su trascendencia fecunda. Sucede á ciertas verdades fundamentales y de todo punto necesarias, lo que á los mas bellos objetos del mundo físico, que llegan de tal modo á hacerse comunes, que nadie se para un momento á contemplarlos hasta que algun profundo observador ó un horrendo cataclismo descubre en ellos algo de extraordinario. Señores, sin pretender yo descubrir en las cuestiones propuestas nada de extraordinario, á no ser ese descuido y ligereza con que se las mira, pasaré á responderlas del modo mas conciso que es dable en este género.

Qué es, pues, la sociedad? Gravoso y difícil sería hacer pasar delante de vosotros todos los sistemas que han tomado á su cargo responder á tan grave cuestion, que encabeza y siempre debe estar al frente de todos los que quieran

estudiar las cuestiones religiosas ó políticas escrudiñándolas en su base. El materialismo la definiría segun su sistema utilitario con Epicuro. El os dirá: La sociedad es la reunion de personas que se juntan para obtener una ventaja comun, como consta en la Enciclopedia. Poco mas ó ménos os dirán lo mismo los racionalistas con Grotius Vattel, Infantin, Fourier y Proudhon; que desterrando á Dios de la sociedad é invocando por principio de ella á la naturaleza aislada, quieren que la sociedad de los hombres sea semejante á la reunion de los brutos con un poco de mas cultura. No tratando aquí de impugnar expreso el materialismo, cuyo sistema rechaza el simple buen sentido, y desentendiéndome de los cargos que puedan hacerme los que quieran bajarse á la condicion de los brutos incapaces de alianza, así defino la sociedad para los seres racionales elevándola al orden moral: “La sociedad es la concordia de inteligencias unidas entre sí, por medio de la sumision al mismo poder, para el fin de su conservacion y de su perfeccionamiento.” “Decimos en primer lugar la concordia, dice el eminente publicista Ventura de Raulica de quien tomamos la definicion, porque la sociedad entre los seres inteligentes solo resulta de la armonía de sus ideas, de sus sentimientos, y de sus acciones; y porque entre seres que no se entienden en lo tocante á sus pensamientos, á sus voluntades y á sus actos, no hay sociedad posible.

Así pues, mientras que los brutos se reunen solo en virtud de un ciego instinto, los hombres se unen principalmente entre sí, con el objeto de formar una sociedad verdadera, una sociedad estable por la libertad del amor. El amor es para los seres inteligentes, lo que la atraccion para los seres físicos. Así como nunca se formará un cuerpo con elementos que no se atraigan, así tampoco se formará jamás una sociedad verdadera entre hombres que no se amen.

Decimos tambien: inteligencias unidas entre sí por la su-
mision al mismo poder, porque las criaturas inteligentes no
pueden unirse entre sí y formar una sociedad duradera mas
que sometiendo y obedeciendo al mismo gefe. No es posi-
ble sociedad sin poder, ni poder sin sociedad. Individuos
sometidos al mismo poder doméstico forman la familia; indi-
viduos y familias dependientes del mismo poder político cons-
tituyen la nacion; individuos, familias y naciones obedientes
al mismo poder religioso constituyen la Iglesia.

Hay, pues, tres especies de sociedades: sociedad doméstica,
sociedad política y sociedad religiosa. Pero estas diferentes
especies de sociedades no existen sino bajo una misma condi-
cion, á saber: que los miembros que las componen obedezcan
al mismo Poder. Por manera que entre inteligencias depen-
dientes del mismo Poder, cualquiera que sea la diferencia
que haya entre ellas, existen necesariamente relaciones so-
ciales que las constituyen en sociedad; mientras que por el
contrario, entre inteligencias dependientes de poderes diver-
sos, cualesquiera que sean sus semejanzas, no hay relaciones so-
ciales ni verdadera sociedad." Tal es la enseñanza de la ver-
dadera filosofía relativa á la naturaleza de la sociedad; y
cuando deo que hable un autor católico, supongo que no
será tachado, nada mas por serlo, con la nota de oscurantista,
pues malamente se ha creido que la filosofía enmudece en-
tre los católicos creyéndola patrimonio exclusivo de los sofis-
tas. Lo dicho es tan manifiesto, que contradecirlo, es contra-
decir abiertamente lo que la razon y la experiencia nos en-
señan á poco que reflexionemos. Pero basta lo dicho con re-
lacion á la naturaleza de la sociedad: busquemos ahora su
fin.

Ninguna cosa, aparece desarrollada desde el principio en
su totalidad y con aquella perfeccion con que se la mira

despues en fuerza del movimiento y accion de las virtudes
que se entrañan en su misma naturaleza. Todo ser á su mó-
do obra, obrando se desarrolla, desarrollándose se perfecciona.
De este hecho universal con que se tropieza á cada paso, y
que la razon demuestra por la limitacion, armonía y belleza
de los seres, se desprende el axioma vulgar de los filósofos:
la accion es la perfeccion del agente. Pero así como las cosas
naturales no se desarrollan sino en el círculo de todo aquello
que despierta é impulsa su virtud, como el árbol, que nace, cre-
ce y fructifica en medio y á impulso de los elementos que
lo rodean, así el hombre colocado en el universo, entrañando
en la nobleza de su alma un gérmen de perfeccion intelec-
tual y moral, debe desarrollarse naturalmente, no en medio
de las selvas y haciendo compañía á las fieras como lo soñó
el padre de los socialistas, sino entre los seres inteligentes y
morales afines suyos. El hombre, pues, por una especie de
instinto, por la necesidad de su naturaleza, por la ley gene-
ral que pesa sobre todas las cosas haciéndolas buscar su cen-
tro, y no por la novedad del pacto social, propende á formar
y buscar la sociedad. Mas así como la armonía necesaria en-
tre las cosas naturales no es por destruccion del fin particular
de cada una, sino por su propio y particular perfeccionamien-
to; así el fin de esa concordia entre los seres inteligentes, no
puede ser por oposicion, y mucho ménos por destruccion del
fin particular de cada uno, sino para su mas fácil consecuc-
cion. Y precisamente esa armonía debe consistir en ayudar-
se mutuamente á conseguir su propio fin para cuya consecucion
la sociedad no es mas que un medio. Diré mas, y no sin
justicia, que se equivocan medio á medio los que sostienen
que el fin de la sociedad es ella misma, y que no debe bus-
carse otro fin que las mismas ventajas que proporciona. Na-
die se asocia con el fin de asociarse: todos se asocian para

algo fuera de la misma sociedad: este fin particular que cada uno busca al asociarse, es el punto de enlace para todos. La sociedad, pues, bajo este punto de vista, no es mas que un medio necesario por el que cada individuo particular consigue su fin propio. Buscar ahora cual es el fin de la sociedad, es preguntar: qué fin se propone, mas bien dicho, cual debe proponerse el individuo al asociarse.

El fin del hombre es su felicidad. Y su felicidad consiste en ponerse en armonía perfecta consigo mismo: armonía que debe ser el resultado de la subordinación completa del cuerpo al alma, del alma á Dios, de cuyo orden resulta la paz y su felicidad. El hombre, dice S. Agustín, no existe mas que para conocer á Dios y comprenderle, del modo que es posible que el hombre le comprenda, y comprendiéndole amarle, y amándole poseerle, y poseyéndole ser eternamente feliz, en El y con El. S. Pablo declara la misma enseñanza con estas palabras: Nuestro fin inmediato es ser verdaderos siervos de Dios, y sirviéndole santificarnos, y nuestro fin último la vida eterna. Y no porque el hombre viva en sociedad varían su naturaleza y su destino. Oigamos como se expresa el príncipe de los filósofos y de los teólogos católicos, oigamos al admirable Tomás de Aquino en su admirable y sublime sencillez manifestando el fin de la sociedad sacado precisamente del fin del individuo, así habla en el libro *II de Regimine Principum c. 14.* “El fin del hombre no es solamente vivir en la virtud, sino también llegar á la posesión de Dios y al goce de la bienaventuranza. Y como el hombre en sociedad es el mismo que el hombre aislado, debe admitirse necesariamente que lo mismo sucede con la sociedad. Su fin no solo no es la riqueza y el placer, sino que la adquisición misma de la virtud carece de objeto sino conduce á la posesión del soberano bien, que es Dios mis-

mo. Luego el fin de la sociedad es seguir el camino de la virtud en el tiempo, para alcanzar el goce divino en la eternidad.” O como se expresa el jurisconsulto Domat, en su *tratado de las leyes, cap. 1.*, cuyas palabras pueden ser muy bien el comentario de las anteriores: “La ley, dice este autor, que ordena al hombre la indagación y el amor al soberano bien, siendo comun á todos los hombres, comprende otra que les obliga á unirse y amarse mutuamente. Porque hallándose destinados á estar unidos en la posesión de un bien único que debe labrar su felicidad comun, no pueden ser dignos de esta union en la posesión de su fin comun, sino principian á unirse con un amor mutuo en la vía que á él les conduce. He ahí porqué Dios ha hecho depender esta última union, que debe constituir su felicidad, del buen uso de la primera union que debe formar su sociedad en la tierra.

Lo dicho hasta aquí es mas que un testimonio: es la voz de la naturaleza y de la razón de concierto con el código divino declarando el verdadero fin de una perfecta sociedad. Si no somos materialistas, si verdaderamente sabemos estimar nuestra dignidad, si la experiencia de los seis mil años que cuenta el mundo nos convence de que el fin del hombre inteligente y moral no es lo que causa el desquiciamiento del individuo y de la sociedad, como son todos los bienes materiales que puestos como fin único de la sociedad llegan á idolatrarse; debemos proclamar esta doctrina católica enseñada por todos los publicistas que han dado un punto fijo de partida á las cuestiones de derecho público y privado.

De lo dicho se sigue que teniendo la sociedad el mismo fin del individuo, si él es esencialmente religioso, ella por precisión lo será, y que siempre serán vanos los esfuerzos de los noveles legisladores que tratan de fundar sociedades ateas.